

DE LA CRISIS DE LAS IDENTIDADES A LAS CONFIGURACIONES PRECARIAS DE LA IDENTIDAD

Elsa Santamaría López. Universidad del País Vasco (UPV/EHU)

Resumen. En el contexto de las sociedades occidentales capitalistas de nuestro tiempo cuando hablamos de las transformaciones del mercado laboral y reflexionamos sobre la cuestión de las identidades, una de las primeras cuestiones que surgen y que configura el debate en torno a las mismas es su estado de crisis o en crisis. En esta comunicación la crisis de las identidades constituirá el punto de partida en la reflexión sobre la construcción identitaria contemporánea, pero no el punto de llegada de una reflexión más general sobre las identidades. Se pretende, por tanto, desalojar aquellos presupuestos modernos sobre los se asienta la crisis de las identidades y así poder desarrollar nuevos argumentos sobre mismas, lo que nos lleva a proponer su análisis desde las «configuraciones precarias de la identidad» que se despliegan en la actualidad.

Abstract. In the context of the capitalist western societies, social sciences' literature about transformations of the labour market and collective identities usually relates to their state in crisis. This paper takes on board the crisis of identities as the starting point to understand the construction of the contemporary identities, but not as the conclusion. The paper aims to discuss those taken-for-granted of modernity which underlines the concept of 'identity crises' in order to develop a new analytical perspective: the precarious configurations of identity.

1. La cuestión del cambio social

Desde principios de los años setenta asistimos a transformaciones y cambios que no cesan de recibir diferentes denominaciones: se habla del paso de la sociedad industrial a la sociedad postindustrial, de una modernidad sólida a una líquida, de una sociedad de productores a otra de consumidores, de un capitalismo productivo y a "largo plazo" a un capitalismo de servicios y a "corto plazo", etc.

Se trata de cambios socioeconómicos que afectan principalmente a las sociedades capitalistas occidentales en las que se habla del pasaje de un capitalismo fordista, industrial, disciplinario y rígido a un capitalismo de servicios, liviano, que ejerce su poder bajo formas sutiles de control, flexible, e inmaterial. Aunque inmediatamente tenemos que afirmar que el corte entre un tipo y otro de capitalismo no es ni exacto ni definitivo, sino más bien de un proceso de largo recorrido que lleva varias décadas en marcha y en cuyas mutaciones estamos todavía siendo actores y espectadores.

Si colocamos el foco en los procesos de cambio del trabajo y de los sujetos trabajadores y de las relaciones entre ambos¹ en pocas décadas hemos pasado de la centralidad y hegemonía del trabajo industrial a la progresiva ampliación del sector terciario, que requiere de un tipo de trabajo más flexible y subsidiario y sobre todo más temporal; de una clase obrera en progresivo ascenso social y político, a la desarticulación del peso político de los trabajadores, como sujeto colectivo homogéneo y de las expectativas de pleno empleo, de la promoción social y la estabilidad laboral como norma social (Prieto, 2002), a convivir con el desempleo² y con el incremento de la precarización laboral.

Pero sobre todo, y es la tesis que trato de defender en esta exposición en relación a la cuestión de las identidades, hemos pasado en poco tiempo de un imaginario que tuvo en el trabajo un valor identitario estructurante y en el sujeto trabajador a

¹ Para un desarrollo mayor de estos cambios y transformaciones en el caso español véase: Bilbao, 1995, Miguelez y Prieto, 1991 y 1999, Castillo, 1996 y 1998, Alonso, 1999 y 2000.

² Aunque tenemos que decir que en los dos últimos años 2005 y 2006, la tasa de paro en España se sitúa por debajo del 10%, tasa muy baja comparada con la que se vivía a mediados de los ochenta y a mediados de los noventa cuando se alcanzaron tasas superiores al 20% de la población activa.

una figura fuerte y socialmente reconocida, al cuestionamiento de la centralidad tanto del trabajo como de la figura del sujeto trabajador en la vida social.

El abordaje desde las ciencias sociales de temáticas y problemáticas habitualmente calificadas como laborales de los últimos años, ha dedicado un particular esfuerzo en superar las definiciones institucionales modernas que circunscriben al trabajo a espacios laborales delimitados -como el de la fábrica primero y el de la empresa más tarde-, a sujetos laborales reconocibles -el trabajador masculino industrial, el profesional y el empresario- y a actividades específicas entendidas en el marco del empleo formal -aquellas que son remuneradas y están reguladas por las leyes del mercado laboral formal-.

Ha sido un esfuerzo con leves resultados, pero que cada vez se hace más apremiante, sobre todo, en la cuestión de las identidades, ya que los procesos sociolaborales que caracterizan hoy en día a la sociedad contemporánea confirman la necesidad de una apertura analítica y nos invitan a revisar la pertinencia y relevancia de los conceptos y enfoques que las ciencias sociales han utilizado para interpretar los fenómenos que han definido el devenir del mundo del trabajo. Dos temas se cruzan de aquí en adelante: la figura del trabajador y la cuestión de las identidades en el contexto de precariedad de las condiciones laborales contemporáneas. Empecemos por el contexto.

2. La precarización sociolaboral como problema contemporáneo

Una categoría a la que en la actualidad las ciencias sociales están recurriendo con bastante frecuencia es la de precariedad. En lo referente al trabajo, ésta ha estado inscrita en el entramado sociolaboral desde tiempos remotos, lo que pasa que bajo distintos nombres: marginación, vulnerabilidad, invisibilidad, exclusión, etc. En todas estas denominaciones siempre han estado presentes dos factores que han retornado con fuerza en los discursos de la teoría social contemporánea y que tienen especial interés para entender la génesis moderna del problema de la precarización, estos son, la inseguridad y la desprotección.

Cuando hablamos de precariedad sociolaboral estamos atendiendo a dimensiones que no se encuentran exclusivamente en lo laboral, sino que su campo de acción es mucho más amplio traspasando ámbitos diversos de la vida social e incursionando en esferas que trascienden lo económico y lo material. Eso no quita que partamos con la argumentación de que el empleo asalariado, estable, seguro y protegido, que durante el proyecto de la modernidad fue la norma social, sea hoy en día casi minoritario y que ello tenga repercusiones importantes en la vida cotidiana de los trabajadores y las trabajadoras.

Los procesos de precarización del empleo tienen que ver con la inestabilidad y con la flexibilidad de las condiciones laborales. Y es que el empleo precario de hoy se define tanto por su ilegalidad y por su informalidad como por su falta de regulación y de reconocimiento, legal, político y social. Es decir, por constituir el afuera de aquello que se ha considerado desde hace tiempo como el empleo típico -un empleo regulado, con tareas bien definidas y con una continuidad a lo largo de la vida³. Pero el empleo precario de hoy en día no sólo viene caracterizado por constituir ese afuera, sino que -y este sea quizás el aspecto a partir del cual se retoma con tanta insistencia el tema de la precariedad actualmente-, además también se instala en las características que definen las nuevas formas de empleo, el empleo nuevo que se crea⁴. Esto es, el empleo precario se define por la incertidumbre y debilidad de las relaciones salariales en la que se establecen los contratos laborales actuales -empleo temporal, contratos de formación, becas, prácticas, etc.-. En suma, los procesos de precarización del empleo vienen a resaltar la dependencia y la inestabilidad respecto de las protecciones y de la seguridad social.

En los años ochenta empezó a generalizarse el empleo precario tal y como lo

³ Véase entre otros Castels, 1998.

⁴ Para el discurso neoliberal se crea este tipo de empleo porque es el único que se puede crear, presentando así los procesos de precarización y la flexibilidad laboral como única condición de posibilidad para mejorar la situación del empleo.

conocemos actualmente, sin dejar por ello de considerarse una anomalía. En los últimos años la mayor parte de los nuevos empleos que se generan tienen la precariedad como rasgo característico y lo que debería de ser una característica anómala y pasajera se ha convertido en la confirmación de la crisis del modelo de trabajo asalariado estable de la modernidad. El trabajo precario retrata entonces la falta de garantías y la inestabilidad permanente a la que nos hemos, en más de un sentido, acostumbrado socialmente.

3. La cuestión de la crisis de las identidades

Los debates más extendidos en las ciencias sociales que articulan los cambios del trabajo acontecidos en los últimos años con la cuestión identitaria gravitan, principalmente, sobre el análisis de la crisis de las identidades.

Como una suerte de comodín la cuestión de la crisis se convierte en el relato de nuestro tiempo, no es de extrañar que si la sociedad del trabajo o la sociedad salarial están en crisis, es decir, si el modelo social basado en el trabajo asalariado de la modernidad está en crisis (Offe, 1992, Gorz, 1995), al pensar en las identidades, el corolario inmediato resulte ser la crisis de las mismas (Sennett, 2000, Dubar, 2000). Se trata de análisis que oscilan entre dos extremos, aquellos que parten de las dificultades de producir determinadas identidades en un mundo en transformación, sobre todo aquellas identidades sólidas como las centradas en la figura del trabajador industrial masculino y aquellos que manifiestan la imposibilidad de construir cualquier tipo de identidad que requiera un mínimo de solidez.

La precarización laboral perturba aquellos mecanismos que hicieron del empleo un valor central para los sujetos que vivían de su trabajo, colocando en una situación particularmente incómoda entramados como la ética del trabajo y la norma social del empleo, que confirieron al trabajo la centralidad social que aún arrastramos. De un modo muy especial, uno de los aspectos que se ha visto más afectado por estas transformaciones es la propia figura del sujeto trabajador. Lo que refuerza la idea de que si algún día “el trabajo apareció como la principal herramienta para encarar la construcción del propio destino” (Bauman, 2000a: 49), hoy en día ya no es una garantía de construcción de una identidad personal sólida a lo largo de toda la vida. De tal manera que su función de punto de orientación para la construcción de las identidades individuales y colectivas necesariamente queda cuestionada.

Algunos autores han analizado cómo afectan los cambios del trabajo al mundo de las subjetividades y de la identidad de los sujetos. Por ejemplo, Beck (2000) nos habla de los «peligros biográficos» que los sujetos deben afrontar en el mundo cambiante de las sociedades del riesgo. Cambios de trabajo, de lugar de residencia, periodos de desempleo, despidos, recolocaciones, etc., son hechos que provocan el planteamiento del curso vital de una forma flexible, pero que además si tienen lugar de forma habitual, provocan estar trazando nuevos caminos vitales inacabablemente. En este contexto se espera que sean los propios individuos quienes busquen soluciones biográficas a las contradicciones estructurales que se les presentan a lo largo de la vida.

Una de las mayores contradicciones con las que nos encontramos en la actualidad, pero que ya viene de lejos, es que mientras que el trabajo es el principal medio para ganarse la vida, hay personas que tienen serias dificultades para acceder a un empleo y otras, que aunque se encuentren trabajando, el salario que reciben no les permite conseguir una independencia económica ni les permite llevar una vida desahogada económicamente, por no hablar también de las condiciones laborales en las que se realizan algunos trabajos. Esta contradicción estructural es la que viven los conocidos bajo el apelativo de *working poor* (trabajadores pobres), pero hoy en día es el caso de muchos y muchas jóvenes con empleos precarios, trabajadores y trabajadoras con salarios ínfimos, trabajadores y trabajadoras sin papeles, entre otros.

Para conocer las implicaciones culturales de los cambios económicos acaecidos en los últimos decenios nos puede ayudar el retrato que realiza Richard Sennett (2000, 2001a, 2001b). De un estudio empírico, multidisciplinar y de casi una vida,

resulta un ensayo que se convirtió en el best-seller de finales de los noventa, “La corrosión del carácter” (2000), cuya tesis fuerte se puede resumir como sigue: el nuevo capitalismo flexible está provocando la corrosión de la tradicional cultura del trabajo occidental y el carácter de los trabajadores, que se basaban principalmente en el compromiso, la lealtad y las relaciones a largo plazo entre trabajadores y empresarios.

Como consecuencia de las nuevas relaciones laborales, Sennett destaca la desorientación sobre las responsabilidades personales y la percepción de la vida en la empresa como una situación mezcla de presión y de vulnerabilidad permanente -las reestructuraciones, las reducciones de plantilla, las deslocalizaciones, etc.-. En este sentido, puede entenderse que para muchos de los trabajadores que han experimentado estas transformaciones el cambio (de empleo, de puesto de trabajo, de empresa, etc) signifique estar “a la deriva” (ibídem: 34).

La corrosión del carácter, según Sennett, no representa otra cosa que el fin de toda experiencia sólida y contundente, no únicamente laboral si no de cualquier otro tipo. Y es que decimos que alguien tiene un carácter fuerte cuando es capaz de elaborar de forma precisa y definida su experiencia vital, es decir, cuando es capaz de imponer su propia historia. Pero actualmente se están desencadenando procesos que difícilmente confluyen en la consecución de un carácter fuerte, más bien al contrario, lo debilitan. Por ejemplo, la plasticidad de las narrativas biográficas se vuelve incuestionable porque no se puede presentar la vida, a partir de una vocación laboral o de la centralidad del trabajo que se realiza, como un relato estabilizado y organizado. También parece que cada vez tiene que ver menos el trabajo que se realiza con la posición social que se ocupa, esto es no se da una concurrencia del lugar laboral ocupado con un correspondiente lugar social. Procesos como éstos inciden en la corrosión de un carácter que tenía en el empleo una de las principales fuentes de su solidez.

Desde similar perspectiva analítica el sociólogo francés Dubar afirma que estamos asistiendo a la crisis de las identidades: “Sobre todo, asistimos a una vasta reconfiguración de los ciclos de vida profesional: (...) La cuestión más delicada es la de dar sentido a la «vida de trabajo» desde el momento en que los escalafones de empleo se difuminan, que sus denominaciones se modifican y que la «flexibilidad temporal» tiende a erigirse como nueva norma” (2002: 220)

En este plano, la crisis de sentido del trabajo y de la «vida de trabajo» es también la crisis del proceso identificatorio, de la creación de un “sí mismo” individual y social, en la medida en que la totalidad de significaciones imaginarias por las que debería atravesar y en las que podría asegurarse ya no existen o están deterioradas. El vista sobre el contexto actual es la siguiente: “En resumen, las identidades colectivas, heredadas del periodo precedente han sido desestabilizadas, desestructuradas y a veces destruidas. El individualismo parece triunfar en todas partes” (ibídem: 251).

Bien, el panorama que nos describen estos autores, cada uno con su tótem teórico, para Beck es el riesgo o el peligro, para Sennett es la corrosión y para Dubar es la crisis, no puede servir como único diagnóstico de la construcción identitaria cuando la extensión de las características de la precariedad laboral se extiende a cada vez más colectivos de trabajadores y trabajadoras. Por lo tanto, necesitamos un nuevo planteamiento. Un nuevo planteamiento que haga de este panorama el punto de partida y la condición de posibilidad de aquello que desde la precariedad del empleo pueda constituirse en el motor de las necesarias transformaciones políticas y sociales. No analizaremos aquí de forma exhaustiva esta tentativa, pero utilizaremos algunas de las ideas que surgen de esta perspectiva para formular los planteamientos en los que se basan, esto que llamo, las “configuraciones precarias de la identidad”.

4. Configuraciones precarias de la identidad

La cuestión de la crisis de las identidades no debería seguir siendo punto de llegada resignado de los discursos sobre la construcción identitaria contemporánea,

pues bajo ella se esconde más de lo que se afirma y se asumen no pocos presupuestos teóricos herederos del pensamiento moderno. En ellos, se da por buena una conceptualización de las identidades, en nuestro caso de las identidades laborales, como configuraciones estables, sólidas, y totalizantes, como si existieran previamente a las relaciones, entre ellas las de poder, en las que éstas tienen lugar y en las que en realidad se (con)forman las identidades.

Es evidente, que el argumento sobre el que se sustenta la crisis de las identidades aloja en su interior una idea o representación concreta de identidad. En sus manifestaciones está presente la figura de un sujeto fuerte, el individuo blindado. Pero no sólo se constituía en un sujeto fuerte porque tuviese y ejerciese un empleo reconocido como la norma social, sino porque fundamentalmente a través de este se sometía a unas normas sociales concretas mediante las cuales y en función de su cumplimiento accedía a los beneficios sociales, a los derechos y a los mecanismos de integración social, es decir, se constituía en un sujeto con derechos de ciudadanía. Inevitablemente y como secuela de esta imagen, todo aquel sujeto que se vea separado o al menos alejado de aquello que le hacía fuerte, el trabajo-empleo, entra en crisis.

La crítica principal que se puede hacer a esta perspectiva es que atienden únicamente a las dificultades o facilidades adaptativas por las que pasan los sujetos ante las nuevas situaciones laborales. De tal manera que trabajadores y trabajadoras sin trabajo reconocido –léase trabajadores voluntarios, sin contratos, becarias, trabajadoras sexuales, etc.- o en situaciones precarias de empleo –algunos empleados temporales, empleadas por empresas de trabajo temporal, encadenando contratos de formación o de prácticas-, en definitiva en las formas contemporáneas del trabajo a las que ya estamos acostumbrados, constituirían las bases para manifestaciones diversas de un “estado patológico” del sujeto: sujetos sin identidad o con identidades fragmentadas, faltos de sentido, etc. Si mantenemos este tipo de representación, los sujetos siguen siendo visibilizados con una marcada especificidad, la que otorgaba el empleo.

La lectura en términos de crisis de las identidades es operativa y reconocible en los estudios sobre estos temas, pero se debe reconocer que al hacer esta lectura estamos utilizando categorías procedentes de una epistemología basada en distinciones o dicotomías que, aplicadas a un mundo de acentuación constante de la complejidad y de realidades fragmentadas, no tienen mucho o tanto que decir. Aunque la lectura en términos de crisis puede ser válida, porque ha sido tan potente el orden establecido por la sociedad del trabajo que su presencia se arrastra hasta cuando ya sólo quedan las ruinas de ese orden, creemos más sensato apelar a nuevas formas de conocer sobre todo aquello que excede o parece tender a exceder las ruinas del orden.

No hay duda de que las nuevas modalidades laborales afectan a la vida social y a las conductas individuales y colectivas poniendo en juego un determinado tipo de identidad o de identidades que ya no se pueden mantener ni social ni sociológicamente. Pero no significa, ni mucho menos, que ahí se acabe todo. El panorama de las nuevas modalidades laborales abre nuevas posibilidades, podemos decir reflexivas y creativas, para la intervención de los sujetos en la gestión de sus propias opciones vitales. Lo que pasa es que para que podamos atender a las mismas tendremos que abandonar ese esfuerzo racional por encontrar aquello que se encontraba tradicionalmente en la construcción identitaria de los trabajadores masculinos, esto es, cierta coherencia, continuidad y autoría sólida en sus narrativas.

Si por el contrario nos empeñamos en buscar esos rasgos en las narrativas que se construyen actualmente, sólo podremos alimentar los argumentos de la crisis de las identidades, que vienen a expresar la escasez de posibilidades de agencialidad y de resistencia de los sujetos, en un mundo en el que funcionan como objetos, como meras piezas, se hallan constantemente puestos a prueba, sometidos a cambios continuados y “despojados por esa especie de inseguridad organizada de aquello que asegura la permanencia de su propio ser” (Boltanski y Chiapello, 2002: 654). En definitiva, estos argumentos vuelven a poner sobre la mesa un tipo de identidad, la

identidad entendida como una sólida construcción de uno o una misma.

Por lo tanto, una de las críticas más consistes que revisa los argumentos de la crisis de las identidades, tiene que ver con la muestra de una excesiva pasividad por parte de los sujetos ante las agresivas fuerzas externas, lo que remarca la escasa importancia que se concede a las resistencias ante tales fuerzas. Posibles resistencias a situaciones laborales en la que se está obligado a vivir, que suelen ir de la mano de nuevas construcciones identitarias que no necesariamente llegan a remplazar a las anteriores, si no que conviven con otras formas sólidas y no precisamente en armonía pero tampoco con la angustia de la exclusión o la marginación.

Si entendemos el trabajo como una relación social compleja y no sólo como actividad concreta de producción de bienes y servicios, nos remite a un espacio y a una actividad en la cual los trabajadores dan significación a su labor y desde la cual reclaman ser reconocidos, no sin dificultades. Pero es precisamente, en este doble juego de construcción de significados propios y de reconocimientos por otros, donde encontramos uno de los nudos problemáticos de la construcción de las identidades. Por lo tanto, preferimos hablar no tanto de crisis de la identidades, como de nuevos campos de significado a partir de los cuales son posibles las «configuraciones precarias de la identidad» contemporáneas.

A partir de estas consideraciones se proponen «las configuraciones precarias de las identidad» como esqueleto analítico que anime a preguntarnos no sólo por los elementos estructurales que se incorporan en las construcciones identitarias, sino por cómo se redefinen dichas identidades, qué se hace con ellas o cuáles son los espacios de significación en los que emergen (las identidades) y en los que se recomponen modificando con ello los escenarios laborales en los que se insertan. Se trata de una apuesta por retomar el término precario no desde su caga negativa, sino desde el campo de «los posibles» que ofrece. Si bien en un primer movimiento teórico convendría reforzar la idea de la precariedad como espacio de posibles, como espacio en el que pueden emerger no sólo nuevas formas de empleo, sino nuevas formas de representarlo y de practicarlo, el siguiente movimiento integraría en la mirada de este espacio aquellos elementos que limitan las prácticas y desalojan cualquier intento resistencia.

Porque no se trata ya tanto de ver qué pasa con la identidad cuando uno de los pilares fuertes -el trabajo- sobre los que se asentaba su construcción se desvanece, sino que lo que se pretende es reconstruir, es decir, dotarnos de unas herramientas que nos permitan analizar las prácticas que generan determinados tipos de identidad, que como estamos defendiendo, hoy más que nunca, tienen en lo precario su razón de ser.

Para terminar este esbozo, únicamente puntualizar un asunto. El que tengamos que construir nuestra propia historia y nuestra propia identidad siempre en condiciones inciertas, flexibles y precarias, no significa dejar la vía libre para que se sucedan las prácticas de desestructuración impuestas desde las estructuras económicas ni que se agudicen los procesos de precarización localizados en el mercado laboral; ante este tipo de prácticas que fomentan la precariedad laboral habrá que seguir buscando mecanismos que sean capaces de proporcionar seguridad y protección para las condiciones laborales en las que se tiene que trabajar.

Referencias bibliográficas.

- ALONSO, L. E. (2001), Trabajo y postmodernidad. El empleo débil, Madrid, Fundamentos.
 (1999), Trabajo y ciudadanía. Estudios sobre la crisis de la sociedad salarial, Madrid, Trotta.
 BAUMAN, Z. (2001), La sociedad individualizada, Madrid, Cátedra.
 (2000a), Trabajo, consumismo y nuevos pobres, Barcelona, Gedisa.
 (2000b), Liquid Modernity, Cambridge, Polity Press.
 BECK, U. (2000), Un nuevo mundo feliz. La precarización del trabajo en la era de la globalización, Paidós, Barcelona.
 BILBAO, A. (1995), Obreros y ciudadanos. La desestructuración de la clase obrera, Madrid, Trotta.
 BOLTANSKI, L. y CHIAPELLO, E. (2002), El nuevo espíritu del capitalismo, Madrid, Akal.
 CASTELLS, M. (1998), La era de la Información. Vol. II: El poder de la identidad, Madrid, Alianza.
 CASTILLO, J. J. (1998), A la búsqueda del trabajo perdido, Madrid, Tecnos.
 (1996), «A la búsqueda del trabajo perdido. (Y de una sociología capaz de encontrarlo...)», en Pérez-Agote, A. y Sánchez de la Yncera, I. (eds.), Complejidad y Teoría Social, Madrid, CIS, pp. 73-95.

- DUBAR, C. (2000), *La crise des identités. L'interprétation d'une mutation*, París, Universitaires de France.
- GORZ, A. (1995), *Metamorfosis del trabajo. Búsqueda del sentido*, Madrid, Sistema.
- MEDA, D. (1998), *El trabajo. Un valor en peligro de extinción*, Barcelona, Gedisa.
- MIGUELEZ, F. y PRIETO, C., (dir./coord.), (1999), *Las relaciones de empleo en España*, Madrid, Siglo XXI.
- _____, (1991), *Las relaciones laborales en España*, Madrid, Siglo XXI.
- OFFE, C. (1992) [1984], *La sociedad del trabajo. Problemas estructurales y perspectivas de futuro*, Madrid, Alianza.
- PRIETO, C. (2002), "La degradación del empleo o la norma social del empleo flexibilizado", *Sistema*, núms. 168-169, Madrid, pp.
- SENNETT, R. (2000), *La corrosión del carácter. Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*, Barcelona, Anagrama

Elsa Santamaría López
Dpto. Sociología 2
Centro de Estudios sobre la Identidad Colectiva (CEIC/IKI)
Universidad del País Vasco (UPV/EHU)
elsa_santamaria@ehu.es